

LA
HISTORIA
INTERMINABLE

MICHAEL
ENDE

Antes de abrir las puertas detrás de la puerta

Aunque el título prometiera lo contrario, Michael lo había conseguido. Meses de sol a la sombra de un olivo, un invierno y luego otro, en fría penumbra, escribiendo a lomos de un dragón. Había terminado de escribir *La historia interminable* y aquel atardecer, en Genzano di Roma, bajo un cielo anochecido antes de tiempo por nubes de tormenta, lo sorprendió un trueno y apresuró el paso. No quería empapar su sorpresa.

El que escribe este prólogo y suspende los segundos antes de que abras la puerta que conduce a otras puertas y comiences a leer esta inolvidable novela, llegó aquí porque, como quizás tú también, creía en otros mundos. Algo lo llamó, una voz que cantaba o una campana distante. Vio primero el mar y, después, a un niño como él, sonriente, arriba de un dragón blanco, y se lo mostró a su padre. Él dijo que podía ir tras él, seguir su rastro, *traspasar el delgado muro que en una breve exhalación se volvía transparente*. Así conoció esta historia y, años después, la historia detrás de la historia que ahora va a contarte.

“Un niño toma un libro, se encuentra de manera literal dentro de la historia y tiene problemas para salir”: parecía una buena idea. Hansjörg Weitbrecht, editor y amigo de Michael Ende, sacó un papelito de una caja de zapatos, como en un juego de azar; lo desdobló, como si hubiera roto un cascarón; y leyó en voz alta esa premisa, como si cantara una lotería. La suerte estaba echada: el viaje había sido nombrado y así nació la obra maestra de... O no. Ende dudaba si escribirla.

- 8 Años atrás, en 1971, había dejado su natal Alemania para vivir en un olivar en el campo, entre los montes Albanos, al sur de Roma, Italia. Allí, al lado de la actriz Ingeborg Hoffmann, su compañera de vida por más de tres décadas y la primera en leer y comentar sus textos, se instalaron en el pueblo de Genzano di Roma, con sus perros, gatos y tortugas, en una villa que llamaron *Casa Liocorno* —Casa del Unicornio—. Ingeborg y él querían alejarse del clima frío de Múnich y de la gelidez con que era criticada su obra, tachada de “escapista” e ignorada por dirigirse a niñas y niños. En aquella época, en Alemania, los círculos literarios valoraban las obras realistas, políticamente instructivas, y despreciaban la literatura fantástica. En Italia, Michael se sintió libre. La forma en que se alargaban las horas, entre estaciones más luminosas y charlas amables, en las colinas, acercó su horizonte de felicidad y retomó un proyecto que había imaginado para la televisión alemana, pero que le rechazaron por ser “demasiado polémico”: la encrucijada de una niña con tiempo de sobra para escuchar: *Momo*.

El éxito de esa novela, publicada en 1973, hizo que un par de años después Ende, que tocaba la guitarra, empezara

a trabajar en una adaptación operística de *Momo* y se concentrara más en las colaboraciones con músicos. Incluso grabó un disco con canciones inspiradas en los *cantautori* italianos y los *chansonniers* franceses, llamado *Procesión de bufones*, que jamás vio la luz. En aquellos años también escribió teatro para marionetas y viajó por Japón, donde *Momo* se leía con avidez, y cultivó su interés en el budismo zen, el haikú, el teatro noh y kabuki y la mitología, llena de criaturas fantásticas y dragones de la suerte.

Sin embargo, ni medio tintineo ni el más mínimo resplandor ni un aro de humo como señal de una nueva creación. Ende no tenía prisa; esperaba que una imagen o una frase le revelara de a poco alguna trama. A veces concluía un poema tras diez años de releerlo y reescribirlo. Así que, en febrero de 1977, el editor de nombre difícil antes mencionado, Hansjörg Weitbrecht, al igual que la Emperatriz Infantil que conocerás aquí, decidió que no podía esperar más —la sombra de hombres grises seguía extendiéndose y extinguiendo la posibilidad de otros mundos— y se lanzó en la búsqueda de su querido autor hasta la Casa del Unicornio. Quería convencerlo de empezar un nuevo libro de invención fantástica.

Cuando se lo dijo, Ende se levantó y trajo una caja de zapatos. En ocasiones tomaba un trozo de papel, escribía allí una idea y la guardaba hasta que llegara el momento. Su padre, el pintor Edgar Ende, hacía lo mismo, aunque boceando ideas de pinturas, y en un tiempo muy distinto.

Michael Andreas Helmut Ende nació a las 17:15 horas del 12 de noviembre de 1929 en Garmisch-Partenkirchen, una

pequeña ciudad en la región de Baviera. Dos años después su familia se mudó a Múnich porque su padre auguraba que ahí se venderían mejor sus cuadros surrealistas. De esa época, él recordaba en especial a sus vecinos, una familia circense a la que veía practicar trucos de magia, acrobacias y chistes de payasos, y a Fanti, un pintor amigo de su padre que dibujaba escenas de cuentos de hadas disparatadas e improvisaba anécdotas desbordantes. El trabajo de su propio padre y el ambiente bohemio de sus amigos escultores y poetas fueron una gran influencia para él. Cuando empezó a escribir sus primeros poemas, su madre los leía con orgullo en las reuniones. Al cumplir diez años, recibió de regalo una pintura hecha por su padre sobre un ropero de madera.

Sin embargo, ese mundo muy pronto empezó a desaparecer, consumido por la Nada nacionalsocialista. Toda la obra de su padre fue considerada “arte degenerado” y le prohibieron pintar, y atestiguó cómo sus vecinos eran arrestados sin que se les volviera a ver. Tenía doce años cuando el primer bombardeo aéreo arrasó con su calle en Múnich y quince cuando recibió una citación de reclutamiento al ejército para combatir los tanques estadounidenses. Michael rompió esa carta. Vivió esquivando a las Juventudes Hitlerianas y, en el último año de la guerra, se unió al movimiento de resistencia bávaro, en el que actuó como mensajero y sabotó operaciones nazis.

En los años posteriores a la guerra, descubrió la escritura expresionista y dadaísta en una escuela Waldorf y aprendió a tocar la guitarra para acompañar sus canciones y poemas. En 1947 publicó su primer texto, un soneto titulado “El juglar”, gracias a un amigo que lo hizo llegar a un periódico. Ante las limitaciones económicas de su familia,

descartó realizar una carrera universitaria y audicionó a una prestigiosa escuela de teatro. Argumentar que deseaba estudiar actuación para ser un mejor dramaturgo impresionó al jurado, que lo aceptó, becado. Tras graduarse, partió de gira con una compañía teatral callejera, participó en la puesta en escena de la obra *Madre Coraje y sus hijos*, con el influyente pensador Bertolt Brecht, escribió sus primeras obras de teatro y, una Nochevieja de 1952, a los veintitrés años, conoció a Ingeborg Hoffmann.

De la destrucción de la guerra, el padre había salvado una caja de madera donde guardaba bocetos. Michael adoptó esa costumbre en su propia caja pero con palabras. Un día sacó un papel al azar —¿o fue su editor?— que decía: “Un niño toma un libro, se encuentra de manera literal dentro de la historia y tiene problemas para...”.

11

—Esa idea me gusta —le dijo el editor—. ¿Y si lo intentamos?

A Ende no lo entusiasmaba demasiado ni le pareció que fuera a rebasar las cien páginas.

—¡Tanto mejor! —lo animó él—. Una obra más breve para tus lectores que seguro terminarás pronto.

Era febrero de 1977 y sí: Ende se comprometió a entregarla para Navidad.

Fue imposible. Tampoco al año siguiente. En la imaginación de Ende brotaban infinidad de personajes, paisajes, objetos mágicos y arquitecturas nuevas y viejas a la vez, de diversas mitologías y obras literarias, desde la *Odisea* y los cuentos medievales hasta la novela de aventuras, el romanticismo alemán, los *Himnos a la noche* de Novalis y *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien. Todo ello iba desatando hilos y

más hilos narrativos, las mil caras del héroe, que lo hacían seguir leyendo y escribiendo, atravesar sus propias tristezas y pesadillas de guerra, hacia un reino amplio y carente de fronteras que le permitía respirar. Aquí encontrarás trazas de todo ello. Un universo igual de infinito que misterioso —o infinito por misterioso— del que no se dirá más para que leas en las propias palabras de Ende los nombres, cuerpos, lugares y deseos de cada personaje.

12 Ahí, aquí, en este libro, resulta fácil imaginar también chaneques, nahuales, lloronas, niños de maíz, serpientes emplumadas, colibríes guerreros y... ¿qué más? Envuelto entre mantas o bajo la sombra de un olivo, Ende entendió que, mientras les inventemos nuevos nombres, las historias serán interminables.

El que escribe este prólogo y pausa los minutos antes de que entres soy yo, que, como tú, sé lo que ocurre a nuestro alrededor y pienso en cuánto siguen hablándonos las páginas a punto de pasar. La Nada que desaparece realidades y el olvido que vuelve dictador a cualquier ser humano... pero también la capacidad de la ficción para abrazarnos. Cuando me invitaron a escribir estas líneas, volví a pensar en mi padre, que solía improvisarme cuentos antes de dormir, y en mi madre, que narraba en voz alta y en tercera persona nuestras excursiones, y en las veces que releí la travesía de Bastián al corazón de la realidad: la fantasía. Cada vez me asombró y me significó distinto. Esta nueva traducción al español me emociona porque es la primera que se realiza en México desde que, en 1982, apareció la primera edición en nuestro idioma. Sentirás más cercano el lenguaje a lomos del dragón y la voz

del escritor, con algunas señales de esa vida entre la guerra y el arte, la realidad feroz y la imaginación floreciente, que intenté contarte aquí.

Aunque el título prometiera lo contrario, en 1979 por fin Michael lo consiguió. Apresuró el paso, con el manuscrito empastado de manera artesanal, como tanto anhelaba: las tapas de color cobrizo, con incrustaciones de nácar y cierres de latón. Quería darle una sorpresa. Entró de modo abrupto a la librería, hizo repicar unas campanitas y la encontró sentada en el sillón de cuero desgastado.

13

—¿Lo terminaste? —le preguntó ella.

—Creo que sí.

Ingeborg, la primera en leer todo lo que escribía, sonrió maravillada por el brillo de la portada y acarició el óvalo de serpientes que Ende le había dibujado.

—Empiezo ahora mismo.

Michael salió de la librería ilusionado. Pronto le podría avisar a su editor que había concluido. ¿Intuiría entonces que esa obra inmortalizaría su nombre? Una sucesión de relámpagos y truenos desató finalmente la tormenta. Ende caminó de vuelta a la Casa del Unicornio, sin apuro. Apenas alcanzó a ver el rostro empapado de un chico que iba corriendo y tropezó con él, pero le pareció familiar.

Adolfo Córdova

Ciudad de México, junio de 2025

LIBRERÍA DE VIEJO

Propietario: Karl Konrad Koraschke

Esta inscripción se encontraba en la puerta de cristal de una pequeña tienda pero, por supuesto, sólo se veía así cuando se miraba desde el interior de ese lugar en penumbras a través del vidrio hacia la calle.

Afuera había una mañana fría y gris de noviembre y caía un diluvio. Las gotas se escurrían en el vidrio por encima de las letras, que tenían adornos como de flores. Lo único que se vislumbraba a través del cristal era un muro manchado de lluvia al otro lado de la calle.

De pronto, la puerta se abrió con tal ímpetu que un pequeño racimo de campanitas de latón que colgaba por encima comenzó a repiquetear con exaltación y durante un largo rato no se tranquilizó.

El causante de aquel estruendo era un muchacho gordo de baja estatura, de unos diez u once años. Los cabellos mojados de color café oscuro se le pegaban en el rostro. Su abrigo se hallaba empapado de lluvia y goteaba. Cargaba una mochila escolar con una correa al hombro. Estaba algo pálido y le faltaba el aliento aunque, al contrario de las prisas que había mostrado hasta apenas un instante atrás, ahora parecía haber echado raíces bajo el marco de la puerta.

Frente a él se extendía un recinto largo y angosto que se perdía en la penumbra, hacia el fondo. En las paredes había estantes que llegaban hasta el borde del techo, repletos de libros de todas las formas y tamaños. En el piso se amontonaban torres de volúmenes antiguos encuadernados a mano; encima de algunas mesas se juntaban montañas de libros más pequeños forrados de cuero que por una orilla lanzaban un dorado resplandor. Detrás de un muro de libros de la altura de una persona, el cual se erguía en el extremo opuesto del local, se percibía el brillo de una lámpara. En esa claridad, un anillo formado por humo ascendía de vez en cuando y luego crecía hasta disolverse más arriba, en la oscuridad. Se parecía a las señales de humo con que los indios se enviaban mensajes de montaña a montaña. Era evidente que ahí había alguien sentado y, en efecto, ahora el muchacho oyó detrás de la pared de libros una voz muy descortés que le decía:

—¡Asómbrese afuera o adentro, pero cierre ya esa puerta!
¡Se mete el chiflón!

El muchacho obedeció y cerró la puerta con silencio. Luego se acercó a la pared de libros y se asomó con precaución por uno de los lados. Ahí, en un sillón alto de orejas de cuero desgastado, se hallaba sentado un hombre macizo y rechoncho. Vestía un arrugado traje negro que se veía usado y, de alguna manera, como cubierto de polvo. Un chaleco con estampado de flores le mantenía la panza en su lugar. El hombre era calvo; apenas por encima de cada oreja le crecía hacia arriba un mechón de cabellos blancos. Su rostro colorado recordaba el de un *bulldog* mordelón. Sobre la nariz bulbosa descansaban unos pequeños lentes dorados. Además, el hombre fumaba de una pipa curvada que colgaba de la comisura

de sus labios y le hacía torcer la boca. Sobre las rodillas sostenía un libro que, como era obvio, justo había estado leyendo, pues al cerrarlo había dejado el regordete dedo índice de su mano derecha entre las páginas, como un marcador de lectura, por así decirlo.

Entonces se quitó los lentes con la mano derecha, repasó con la mirada al muchacho empapado, chaparro y gordo parado frente a él, y al hacerlo se le juntaron los ojos, lo cual aumentaba su parecido con un perro mordelón, si bien sólo murmuró:

—¡Por todos los dioses!

17

Luego abrió de nuevo el libro y prosiguió con la lectura.

El muchacho no sabía bien qué debía hacer, de manera que nada más se quedó ahí parado, mirando con los ojos bien abiertos al hombre. Este por fin cerró otra vez el libro —igual que antes, dejó un dedo entre las páginas— y rezongó:

—Escúchame bien, muchacho: no soporto a los niños. Hoy en día está de moda que todo el mundo arme un gran alboroto a favor de ustedes... ¡Pero yo no! Total y absolutamente, no soy amigo de los niños. Para mí no son más que tontos impertinentes que se la pasan gritando y rompen todo, embarran de mermelada los libros y les arrancan las páginas, y les importa un bledo que también los adultos tengamos problemas y preocupaciones. Te lo digo para que desde ahora sepas a qué atenerte. Además, no manejo libros para niños, y libros de otro tipo no te venderé. ¡Espero que lo hayas entendido!

Todo esto lo dijo sin retirarse la pipa de la boca.

A continuación, abrió otra vez el libro y prosiguió su lectura.

El muchacho asintió sin decir palabra y se dio la vuelta para irse, aunque de algún modo le pareció que no podía aceptar aquella perorata así nada más, sin replicar, por lo que se dio la vuelta de nuevo y dijo en voz baja:

—Pero no *todos* somos así.

El hombre alzó la mirada con lentitud y se quitó los lentes otra vez.

—¿Sigues parado ahí? ¡¿Pero qué diantres debo hacer para librarme de gente como tú?! ¿Me lo puedes explicar? ¿Y qué era eso tan de sobremanera importante que necesitabas decir hace un momento?

18

—Nada importante —respondió el muchacho con la voz todavía más baja—. Yo nada más quería... No todos los niños somos así como usted dice.

—¡No me digas! —el hombre alzó las cejas, fingiendo sorpresa—. Entonces debemos suponer que tú mismo eres la gran excepción, ¿no es así?

El muchacho gordo no supo qué responder; tan sólo encogió un poco los hombros y de nuevo se dio la vuelta para marcharse.

—¡Y modales...! —oyó a sus espaldas la voz rezongo-na—. De modales no tienes ni cinco centavos; si los tuvieras, por lo menos te habrías presentado primero.

—Mi nombre es Bastián —se presentó el muchacho—, Bastián Baltasar Bux.

—Qué nombre tan curioso —refunfuñó el hombre—, con esas tres *bes*. Pero, bueno, en realidad no es tu culpa: tú no te lo pusiste. Yo me llamo Karl Konrad Koreander.

—Usted tiene tres letras *ka* —observó el muchacho con seriedad.

—¡Mmm...! —gruñó el viejo—. ¡Es cierto!

Con unas bocanadas de humo, formó unas nubecitas.

—Bueno, en realidad da por completo lo mismo cómo nos llamemos, ya que no volveremos a vernos. Ahora sólo quiero saber una cosa más: ¿por qué hace rato irrumpiste en mi tienda con tanto ímpetu? Daba la impresión de que huyeras. ¿Es cierto?

Bastián asintió. Su cara redonda se puso de pronto aún más pálida y sus ojos parecieron más grandes.

—De seguro te robaste la caja de una tienda —aventuró el señor Koreander— o derribaste de un golpe a una anciana o alguna de esas cosas que hacen ustedes en la actualidad. ¿Te persigue la policía, hijo mío?

19

Bastián sacudió la cabeza.

—¿Saca esas palabras! —lo apuró el señor Koreander—. ¿De quién huías?

—De los otros.

—¿Cuáles otros?

—Los niños de mi salón.

—¿Por qué?

—Es que... Es que nunca me dejan en paz.

—¿Pero qué te hacen?

—Esperan en bola a que salga de la escuela.

—¿Y luego?

—Me gritan un montón de cosas. Me empujan de un lado al otro y se ríen de mí.

—¿Y tú dejas que te hagan eso sin protestar? —el señor Koreander contempló un momento al muchacho con desaprobación y continuó—: ¿Por qué no les sueltas así como así un buen puñetazo en la nariz?

Bastián lo miró con asombro:

—No, eso no me gusta. Y, además... no sé boxear bien.

—¿Y qué tal te va con las luchas? —quiso saber el señor Koreander—. ¿Con correr, nadar, jugar fútbol, hacer gimnasia? ¿Acaso no puedes hacer cosas así?

El muchacho sacudió la cabeza.

—En otras palabras —sentenció el señor Koreander—, eres un debilucho... ¿O no?

Bastián se encogió de hombros.

—Pero lo que sí sabes hacer es hablar —opinó el señor Koreander—. ¿Por qué no les respondes algo cuando se burlan de ti?

20 —Una vez lo hice...

—¿Y luego?

—Me echaron a un contenedor de basura, cerraron la tapa y la ataron con un cordón. Estuve gritando dos horas hasta que alguien me oyó.

—¡Bah...! —gruñó el señor Koreander—. Y ahora ya no te atreves.

Bastián asintió.

—Es decir —determinó el señor Koreander— que aparte eres una gallina.

Bastián agachó la cabeza.

—A lo mejor además eres todo un *nerd*, ¿o no? El mejor del salón con puros dieces, el favorito de todos los maestros, ¿verdad?

—No —dijo Bastián con la mirada aún baja—. El año pasado reprobé y me quedé en el mismo grado.

—¡Santo cielo! —exclamó el señor Koreander—. Un fracasado de principio a fin.

Bastián no dijo nada. Tan sólo se quedó parado ahí, con los brazos colgando.

Su abrigo goteaba.

—¿Qué cosas te gritan cuando se burlan de ti? —quiso saber el señor Koreander.

—Pues... muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¡Gordo panzón, te sientas en un cajón! ¡El cajón se rompe y te caes de costado...! ¡Eso te pasa por pesado!

—No suena muy gracioso —opinó el señor Koreander—. ¿Qué más?

Bastián dudó un momento, antes de enlistar:

—Chiflado, zopenco, presumido, impostor...

—¿Chiflado? ¿Por qué?

—A veces hablo conmigo mismo.

—¿De qué hablas, por ejemplo?

—Me imagino historias e invento nombres y palabras que todavía no existen. Cosas así.

—¿Y eso te lo cuentas a ti mismo? ¿Por qué?

—Bueno, es que no hay nadie más a quien eso le interese.

El señor Koreander guardó silencio un rato y se quedó pensativo.

—¿Qué opinan tus padres al respecto?

Bastián no respondió de inmediato; sólo después de un rato murmuró:

—Mi papá no dice nada. Nunca dice nada. A él todo le da lo mismo.

—¿Y tu mamá?

—Ella... ya no está con nosotros.

—¿Tus padres se divorciaron?

—No —dijo Bastián—. Está muerta.

En ese instante sonó el teléfono. El señor Koreander se levantó con cierto esfuerzo de su sillón y arrastró los pies hasta un pequeño gabinete en la parte trasera de la tienda.

Levantó el auricular y Bastián oyó con vaguedad cómo el señor Koreander decía su nombre al responder. Luego se cerró la puerta del gabinete y ya no se oyó nada más que un murmullo sordo.

22 Bastián se quedó ahí parado, sin saber bien qué le había sucedido: por qué había dicho y admitido todo aquello. Detestaba que lo interrogaran así. Con un repentino calor que le hirvió por dentro, cayó en la cuenta de que llegaría demasiado tarde a la escuela; sí, de hecho tenía que apresurarse; necesitaba correr, pero se quedó ahí donde estaba, incapaz de tomar ninguna decisión. Algo lo detenía, aunque no sabía qué era.

La voz sorda aún se oía desde el gabinete. Era una conversación telefónica larga.

Bastián se percató de que todo el tiempo había mirado con fijeza el libro que hasta un momento atrás el señor Koreander tenía sobre las rodillas y que había dejado encima del sillón de cuero. Simplemente no podía apartar los ojos de él. Le pareció como si de ahí brotara una especie de fuerza magnética que lo atraía de manera irresistible.

Se acercó al sillón, extendió la mano con lentitud, tocó el libro y en ese mismo instante algo en su interior hizo clic, como si una trampa se hubiera cerrado. Bastián tuvo la oscura sensación de que, al tocarlo, había comenzado algo imposible de parar y que ahora empezaría a desarrollarse.

Alzó el libro y lo contempló por cada uno de sus lados. La cubierta era de seda de color cobrizo y, cuando lo giraba de un lado al otro, brillaba. Al hojearlo con fugacidad, notó que la escritura estaba impresa en dos colores distintos. Parecía no tener imágenes, pero sí unas letras capitulares grandes y muy hermosas. Cuando examinó de nuevo la cubierta con

mayor detenimiento, descubrió ahí dos serpientes, una clara y otra oscura, que se mordían las colas entre sí para formar un óvalo. Y en ese óvalo, en letras enredadas de un modo peculiar, estaba el título:

La historia interminable

Las pasiones humanas son un enigma y con estas a los niños no les pasa diferente que a los adultos. Quienes son atrapados por ellas no las pueden explicar, y quienes nunca las han experimentado no las pueden entender. Hay personas que se juegan la vida para alcanzar la cumbre de una montaña. Nadie, ni siquiera ellas mismas, serían capaces de explicar en realidad por qué. Otras se arruinan en su intento de conquistar el corazón de alguien que nada quiere saber de ellas. Y otras se pierden porque les es imposible resistir los placeres del paladar —o los de la botella—. Algunas arriesgan sus propiedades y bienes completos para ganar en un juego de azar o sacrifican todo a una idea fija e imposible de realizarse. Hay quienes creen que sólo serían felices si estuvieran en algún lugar distinto de donde se encuentran y se pasan la vida recorriendo el mundo. Y algunas personas más no logran mantenerse tranquilas hasta que se vuelven poderosas. En pocas palabras, existen tantas pasiones como personas distintas hay.

La de Bastián Baltasar Bux eran los libros.

Quien nunca haya pasado tardes enteras metido en un libro, leyendo y leyendo, con las orejas enrojecidas y el cabello enmarañado, olvidando el mundo alrededor, sin fijarse en si tiene hambre o siente frío...

Quien nunca haya leído a escondidas bajo las sábanas, a la luz de una lámpara de mano, porque papá o mamá o alguna otra persona preocupada le apagó la luz con el argumento bienintencionado de que era hora de dormir, pues al día siguiente había que salir muy temprano de las cobijas...

Quien nunca haya derramado abiertamente o en secreto lágrimas amargas porque una historia maravillosa llegó a su final y era preciso despedirse de los personajes con quienes se vivieron tantas aventuras juntos, a los que se quería y admiraba, por los que se temió y en los que se depositaron esperanzas, y sin cuya compañía la vida parecía tan vacía y tan absurda...

Quien no conozca nada de eso por experiencia propia tal vez sea incapaz de entender ahora lo que Bastián hizo a continuación.

Miraba con fijeza el título del libro y de pronto sentía calor y de pronto, frío. Eso, justo eso era lo que había soñado tantas veces y lo que deseaba desde que había sido invadido por su pasión: ¡una historia que nunca se terminaba! ¡El libro de todos los libros!

¡Necesitaba tener ese libro, costara lo que costara!

¿Costara lo que costara? ¡Se decía fácil! Incluso si hubiera podido ofrecer más de los tres marcos y quince peniques que llevaba consigo para sus gastos personales... Aquel señor Koreander, tan poco amable, le había dado a entender con demasiada claridad que a él no le vendería ningún libro. Y de seguro tampoco se lo regalaría. El asunto no tenía remedio.

Y, sin embargo, Bastián sabía que no podía marcharse sin el libro. Ahora le quedaba claro que nada más debido a ese libro había llegado hasta ahí: de un modo misterioso, el

libro lo había llamado pues quería llegar hasta él, ¡pues en realidad ya era suyo desde siempre!

Bastián prestó atención al murmullo que se oía igual que antes desde el gabinete.

Antes de pensarlo, de pronto había metido muy deprisa el libro debajo de su abrigo y ahí lo mantuvo, pegado a su cuerpo con ambos brazos. Sin hacer un solo ruido, caminó en reversa hasta la puerta de la tienda mientras, temeroso, mantenía la vista en la otra puerta, la del gabinete. Con mucho cuidado, accionó la perilla. Quería evitar que las campanillas de latón sonaran, por lo que abrió la puerta de vidrio apenas lo suficiente para pasar. En silencio y con cautela, la cerró desde afuera.

25

Sólo entonces empezó a correr.

Los cuadernos, los libros escolares y el estuche para lápices que había en su mochila saltaban y golpeteaban al ritmo de sus pasos. Sintió un dolor en el costado, pero siguió corriendo.

La lluvia le corría por la cara y se le metía detrás, por el cuello de la camisa. El frío y la humedad penetraban su abrigo, aunque Bastián no los sentía. Tenía calor, mas no sólo por correr.

Su conciencia, que un rato atrás, en la tienda, no había dicho nada, de repente se despertó. Cada uno de los motivos que le habían parecido tan convincentes de pronto le parecieron por completo increíbles y se derretían cual muñecos de nieve bajo el aliento de un dragón como los que escupen fuego.

Había robado. ¡Era un ladrón!

Lo que había hecho era incluso peor que un robo cualquiera. Sin duda aquel libro era único e irremplazable. De

seguro había sido el mayor tesoro del señor Koreander. Y robarle a un violinista su invaluable violín o a un rey su corona era algo distinto a hurtar dinero de un banco.

Y mientras corría de ese modo, mantenía el libro presionado a su cuerpo bajo el abrigo. No quería perderlo, por muy caro que le llegara a costar. Era lo único que le quedaba en este mundo.

Y a su casa naturalmente ya no podía ir.

26 Intentó imaginarse a su papá, sentado en la habitación grande que había habilitado como laboratorio, trabajando. A su alrededor había docenas de dentaduras humanas vaciadas en yeso, ya que era técnico dental. Bastián nunca se había puesto a pensar si a su papá en realidad le gustaba aquel trabajo. Era la primera vez que se le ocurría, aunque ahora ya nunca más podría preguntárselo.

Si se dirigía ahora a su casa, su papá saldría del laboratorio con su bata blanca, tal vez con una dentadura de yeso en la mano, y le preguntaría:

—¿Ya de regreso?

—Sí —respondería Bastián.

—¿No hubo escuela hoy?

Vislumbró ante sí el rostro tranquilo y triste de su padre y supo que le resultaría imposible mentirle.

Sin embargo, tampoco podría contarle la verdad directamente. No, lo único que le quedaba era seguir caminando a donde fuera, muy lejos. Su papá nunca debía saber que su hijo se había vuelto un ladrón. Y tal vez ni siquiera se daría cuenta de que Bastián ya no estaba ahí. Tal idea incluso le dio un poco de consuelo.

Bastián había dejado de correr. Ahora caminaba despacio, y al final de la calle vio el edificio de la escuela. Sin

percatarse, había corrido por el camino acostumbrado hasta aquel sitio. Le pareció que en la calle había muy poca gente, a pesar de que algunas personas caminaban por aquí y por allá. No obstante, para alguien que llega demasiado tarde, siempre parecía que el mundo alrededor de la escuela se hubiera extinguido. Y a cada paso Bastián sentía cómo aumentaba su miedo. De cualquier manera, aquel lugar donde a diario era derrotado le daba miedo. Le daban miedo los maestros, que lo regañaban con amabilidad o descargaban su ira en él; le daban miedo los otros niños, que se burlaban de él y no perdían ninguna oportunidad de demostrarle lo torpe que era y lo indefenso que se hallaba. La escuela siempre le había parecido como una condena incalculablemente larga en la cárcel, la cual duraría hasta que él fuera mayor y tan sólo debía cumplirla, mudo y resignado.

27

Ahora que caminaba por los resonantes corredores, donde olía a piso encerado y abrigos húmedos, cuando el silencio que acechaba en el edificio le tapó los oídos como si le hubieran puesto tapones de algodón, y cuando por fin se encontró frente a la puerta de su salón de clases, pintado del mismo color de espinaca vieja que las paredes alrededor, se convenció de que ahí tampoco se le había perdido nada. Lo que necesitaba era irse lejos. Por lo tanto, debía marcharse de inmediato.

¿Pero a dónde?

Bastián había leído en sus libros historias de muchachos que se enrolaban en un barco y viajaban por el ancho mundo en busca de fortuna. Algunos se volvían piratas o héroes; otros regresaban a su patria muchos años después como hombres ricos, sin que nadie supiera quiénes eran.

Bastián no se atrevía a hacer algo así. Tampoco se imaginaba que en realidad lo aceptaran como grumete. Además,

no tenía la menor idea de cómo llegar a una ciudad con un puerto y los barcos adecuados para empresas tan audaces.

¿Entonces a dónde?

Y de pronto se le ocurrió el lugar perfecto, el único lugar donde nadie lo buscaría ni nadie lo encontraría, al menos por el momento.

28

El desván era grande y oscuro. Olía a polvo y naftalina contra las polillas. Ningún ruido se percibía, salvo el silencioso repiqueteo de la lluvia sobre las láminas de cobre del techo gigantesco. Enormes vigas ennegrecidas por el tiempo sobresalían del suelo de duelas a intervalos regulares, se juntaban más arriba con otras vigas del entramado del tejado y se perdían en algún sitio en la oscuridad. Telarañas colgaban aquí y allá, grandes como hamacas, y se movían silenciosas y de manera fantasmagórica con la corriente de aire. Desde lo alto, donde había un tragaluz, penetraba un resplandor lechoso.

Lo único vivo en ese entorno, donde el tiempo parecía haberse detenido, era un pequeño ratón que daba saltitos en las duelas del piso y dejaba en el polvo unas pisadas diminutas. En las partes donde arrastraba su colita se notaba una raya delgada entre las huellas. De pronto se irguió para escuchar. Y luego desapareció, *¡pfui!*, en un agujero entre las duelas.

Se oyó el ruido de una llave en una cerradura grande. Despacio y rechinando se abrió la puerta del desván; por un instante, una larga franja de luz atravesó el cuarto. Bastián se deslizó dentro; luego la puerta volvió a rechinar y se cerró de golpe. Desde el interior, metió una llave grande en la cerradura y la giró. Incluso corrió el cerrojo y soltó un

suspiro de alivio. Ahora de verdad nunca lo encontrarían. Ahí nadie lo buscaría. Era en extremo raro que alguien fuera a ese sitio —lo sabía muy bien—, e incluso si la casualidad quisiera que hoy o mañana alguien tuviera la necesidad de llegar hasta ahí, la persona en cuestión hallaría la puerta cerrada con llave. Y la llave no estaría ahí. Y en el caso de que de algún modo consiguieran abrir, a Bastián le quedaría suficiente tiempo para esconderse entre los tiliches.

Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Conocía el lugar. Medio año atrás el conserje de la escuela lo había asignado para ayudarlo a transportar una canasta para ropa de grandes dimensiones, llena de formularios viejos y papeles con anotaciones, que debía almacenarse en el desván. En esa ocasión había visto dónde se guardaba la llave de la puerta: en un pequeño armario en la pared, junto al tramo más alto de la escalera. Desde entonces no había vuelto a pensar en ello, pero ahora lo había recordado.

Bastián se empezó a enfriar, pues traía el abrigo empapado y hacía mucho frío ahí arriba. Primero debía buscar un lugar donde estuviera más cómodo. A final de cuentas, necesitaba quedarse ahí un largo rato. ¿Qué tan largo?... Al principio no pensó mucho al respecto ni tampoco en que muy pronto sentiría hambre y sed.

Caminó un poco por ahí.

Había cachivaches de cualquier tipo, de pie o tirados: estantes llenos de archivadores y expedientes que hacía mucho no se requerían; bancas escolares amontonadas una encima de la otra, con los pupitres manchados de tinta; un almacén del que colgaba una docena de mapas anticuados; varios pizarrones a los que se les desprendía la superficie negra; calentadores de hierro oxidados; aparatos

gimnásticos inservibles, como un caballo cuyo recubrimiento de cuero estaba tan quebradizo que se le salía el relleno; pelotas medicinales ponchadas; un montón de viejas colchonetas para gimnasia llenas de manchas; además, varios animales disecados, la mitad de los cuales habían sido pasto para las polillas, entre ellos un búho grande, un águila real y un zorro; toda clase de alambiques químicos y recipientes de vidrio resquebrajados; una máquina electrostática; un esqueleto humano que colgaba de una especie de perchero, y muchas cajas y cajones repletos de viejos cuadernos y libros escolares. Bastián decidió por fin destinar el montón de colchonetas como su refugio. Cuando uno se estiraba en ellas, casi se sentía como en un sofá. Las arrastró hasta debajo del tragaluz, donde había mayor claridad. Cerca había apiladas algunas cobijas grises del ejército, en realidad muy empolvadas y rasgadas, pero útiles. Bastián las tomó. Se quitó el abrigo mojado y lo colgó en el perchero, a un lado del esqueleto. El hombre de huesos se balanceó un poco, aunque Bastián no le tuvo miedo, tal vez porque en su casa estaba acostumbrado a cosas parecidas. También se quitó las botas empapadas. En calcetines, se tendió en las colchonetas gimnásticas sentado en flor de loto y, como un indio, se echó sobre los hombros las cobijas grises. Junto a él tenía su mochila... y el libro de color cobrizo.

Pensó que abajo, en el salón, justo ahora los demás tomaban clase de Lengua. Quizá escribían una composición acerca de algún tema mortalmente aburrido.

Bastián contempló el libro.

“Quiero saber”, dijo para sí mismo, “qué sucede en realidad en un libro mientras está cerrado. Por supuesto, adentro sólo hay letras impresas sobre papel. No obstante... algo

debe estar pasando, pues cuando lo abro de pronto está ahí una historia entera. Hay personas a las que aún no conozco y existen cualesquiera posibles aventuras y hazañas y luchas... y a veces se forman tormentas en el mar o se llega a países y ciudades desconocidos. Todo eso de algún modo se encuentra en el interior del libro. Claro está, es necesario leerlo para vivirlo. Pero dentro es ya el pasado. Yo quisiera saber cómo es eso.”

Y, de pronto, se sintió en un estado casi solemne.

Se sentó con la espalda recta, tomó el libro, abrió la primera página y empezó a leer:

31

La historia interminable

I

Fantasia en peligro



sus madrigueras, nidos y refugios se dirigían todos los animales en el Bosque de Haule.

Era medianoche y en las copas de los viejísimos y gigantescos árboles aullaba un viento de tormenta. Los troncos, gruesos como torres, crujían y gemían.

De pronto, el brillo débil de una luz pasó deprisa, moviéndose en zigzag a través del bosque: se detenía aquí y allá, temblorosa; volaba hacia arriba, se posaba en una rama y enseguida se apresuraba otra vez. Era una esfera luminosa más o menos del tamaño de una pelota para niños que brincaba a largos saltos al desplazarse, de vez en cuando tocaba el suelo y volvía a elevarse, flotando. Sin embargo, no era una pelota.

Era un fuego fatuo. Y había perdido el camino. Se trataba, entonces, de un fuego fatuo confundido, lo cual es muy raro incluso en Fantasia. Lo normal es que justo los fuegos fatuos sean los que confunden a la gente.

En el interior del redondo rayo de luz se percibía una figura notablemente ágil, la cual corría y brincaba con vigor. No era masculina ni femenina, pues esas distinciones no

existen entre los fuegos fatuos. En la mano derecha portaba una diminuta bandera blanca que ondeaba hacia atrás. Se trataba, por lo tanto, de un mensajero o de un negociador.

36 No había riesgo de que con sus largos saltos flotantes chocara contra el tronco de un árbol en la oscuridad, ya que los fuegos fatuos son increíblemente hábiles y flexibles, capaces de cambiar de dirección a medio salto. De ahí proviene su movimiento en zigzag, aunque visto en su conjunto siempre se desplazaba hacia delante en una dirección determinada, hasta el momento en que llegó a la saliente de una roca y retrocedió, asustado. Jadeante igual que un perrito, se sentó en el hueco de un árbol y reflexionó durante un rato antes de atreverse a mirar otra vez con cuidado por el borde de la roca.

Había una luz en el bosque y ahí, ante el fulgor de una fogata, se hallaban sentados tres personajes de muy distintos tipos y dimensiones. Un gigante, que parecía hecho de piedra gris y medía casi tres metros de largo, yacía extendido sobre su barriga. En su curtido rostro de piedra, que de una forma curiosa se veía pequeño encima de sus enormes hombros, se asomaban los dientes, semejantes a una hilera de cinceles de acero. El fuego fatuo reconoció que pertenecía al género de los comedores de rocas, unos seres que vivían increíblemente lejos del Bosque de Haule, en una montaña —pero no nada más vivían en esa montaña, sino que también vivían *de* ella, pues se la comían poco a poco—. Por suerte eran muy austeros y con un solo bocado de aquel alimento, que para ellos era de lo más sustancioso, aguantaban semanas y meses. Tampoco había muchos comedores de rocas y, además, la montaña era muy grande. No obstante, como esos seres vivían ahí desde hacía muchísimo

—alcanzaban más edad que la mayoría de las otras criaturas de Fantasia—, con el paso del tiempo la montaña había adquirido un aspecto muy raro. Parecía un gigantesco queso suizo lleno de agujeros y concavidades. Por eso se llamaba la Montaña de los Túneles.

Los comedores de rocas no sólo usaban las piedras como alimento; con estas elaboraban cuanto requerían: muebles, cabañas, zapatos, herramientas y hasta relojes cucú. Y por eso no era de extrañar que ese comedor de roca hubiera dejado ahí su bicicleta, elaborada por completo del material mencionado y con dos ruedas que se veían como inmensas piedras de molino. En conjunto, parecía más bien una apladora con pedales.

El segundo personaje, que estaba sentado a la derecha de la fogata, era un silfo nocturno. Cuando mucho tenía dos veces el tamaño del fuego fatuo y parecía una oruga negra como el carbón y cubierta de pelambre que se hubiera erguido. Al hablar, gesticulaba en actitud violenta con sus manos diminutas de color rosa, y bajo los negros cabellos enmarañados, donde debía ubicarse la cara, resplandecían dos grandes ojos redondos como lunas.

Duendes nocturnos de las más diversas formas y tamaños había por doquier en Fantasia, de modo que al principio era imposible deducir si ese de ahí había llegado de cerca o de lejos. En todo caso, él también parecía estar de viaje, pues el animal que suelen montar los duendes nocturnos, un murciélago grande, colgaba cabeza abajo de una rama detrás de él, envuelto en sus alas como un paraguas.

Al tercer personaje, a la izquierda de la fogata, el fuego fatuo lo detectó apenas después de un rato, pues era tan pequeño que desde aquella distancia se le distinguía

con dificultad. Pertenecía al género de los diminutenses: una personita sumamente delgada que vestía un trajecito de muchos colores y llevaba un sombrero de copa rojo en la cabeza.

38

Acerca de los diminutenses el fuego fatuo sabía tanto como nada. Alguna vez había oído decir que ese pueblo construía ciudades enteras en ramas de árboles, y en estas las casitas se comunicaban entre sí por medio de pequeñas escalinatas, otras hechas de cuerda y toboganes. Sin embargo, aquella gente vivía en una parte por completo distinta del reino sin fronteras de Fantasia, todavía mucho mucho más lejos de ahí que los comedores de rocas. Por eso resultaba más sorprendente aún que el animal de montar que el diminutense ahí presente llevaba consigo fuera precisamente un caracol, el cual se encontraba sentado detrás de él. Sobre su rosada concha destellaba una sillita de montar plateada, y asimismo los adornos y las riendas sujetas de sus antenas brillaban como hilos de plata.

Al fuego fatuo lo sorprendió que justo esos tres seres tan diferentes estuvieran sentados ahí juntos, con cordialidad, pues lo normal en Fantasia no era para nada que todas las especies convivieran en paz y concordia. A menudo había luchas y guerras, además de hostilidades que duraban siglos entre determinadas especies, aparte de que no sólo había criaturas buenas y honestas, sino también las que robaban, las malignas y las crueles. El propio fuego fatuo pertenecía por completo a una familia a la que, en cuanto a credibilidad y confiabilidad, se le podían reprochar algunas cositas.

Sólo después de observar durante un rato la escena a la luz de la fogata, el fuego fatuo se dio cuenta de que cada uno de los personajes reunidos ahí llevaba consigo una banderita

blanca, o bien portaba en el pecho una banda blanca en diagonal. Es decir que eran mensajeros o negociadores, y eso explicaba, por supuesto, que se comportaran de un modo tan pacífico.

¿Acaso estarían viajando a causa del mismo asunto que el propio fuego fatuo?

Lo que hablaban no se entendía desde la distancia debido a los aullidos del viento, que revolvían las copas de los árboles. Y puesto que se respetaban mutuamente por tratarse de mensajeros, quizá también reconocerían al fuego fatuo como uno de ellos y no le harían nada. A fin de cuentas, necesitaba preguntarle a alguien cuál era el camino. Una mejor oportunidad de seguro no se le presentaría en medio del bosque y a la mitad de la noche.

De modo que juntó valor, salió de su escondite, ondeó la banderita blanca y se quedó tembloroso, suspendido en el aire.

Puesto que tenía el rostro en esa dirección, el comerrocas fue el primero en detectarlo.

—De veras que está muy animado por aquí esta noche —dijo con su voz ronca—. Allá viene otro.

—¡Uyuyuy, un fuego fatuo! —murmuró el silfo nocturno, y sus ojos de lunas resplandecieron—. ¡Me alegra, me alegra!

El diminutense se puso de pie, caminó algunos pasitos hacia el recién llegado y dijo con una especie de chillido:

—Si alcanzo a ver, ¿se encuentra usted aquí también en calidad de mensajero?

—Sí —confirmó el fuego fatuo.

El diminutense se quitó el sombrero de copa rojo, hizo una pequeña reverencia y trino:

—Bueno, pues entonces acérquese, por favor. También somos mensajeros. Siéntese con nosotros.

Y, a manera de invitación, señaló con su sombrero un sitio libre junto a la fogata.

—Muchas gracias —dijo el fuego fatuo y se aproximó con timidez—. Me tomo la libertad. Permítanme presentarme: me llamo Blubb.

—Encantado —respondió el diminutense—. Yo me llamo Úckuck.

El silfo nocturno hizo una reverencia sentado:

40

—Mi nombre es Vúschvusul.

—¡Mucho gusto! —rechinó el comerrocas—. Yo soy Pyernrajzark.

Los tres miraron al fuego fatuo, que por los nervios había volteado hacia otra parte.

—¿No quiere usted sentarse, querido Blubb? —preguntó el diminutense.

—En realidad tengo demasiada prisa —contestó el fuego fatuo—, y tan sólo quería preguntarles a ustedes si de casualidad me podrían indicar cómo llegar desde aquí hasta la Torre de Marfil.

—¡Uyuyuy! —dijo el silfo nocturno—. Quiere ir con la Emperatriz Infantil.

—Es correcto —confirmó el fuego fatuo—. Debo transmitirle un mensaje muy importante.

—¿Cuál es el mensaje? —crujió el comerrocas.

—Es que... —el fuego fatuo ponía su peso en un pie y luego en el otro— es un mensaje secreto.

—Nosotros tres llevamos el mismo encargo que tú, ¡uyuy! —replicó el silfo nocturno Vúschvusul—. Aquí se está entre colegas.

—Es probable que incluso llevemos el mismo mensaje —opinó el diminutense Úckuck.

—¡Siéntate y habla! —chirrió Pyernrajzark.

El fuego fatuo se posó en el sitio libre.

—Mi patria —comenzó después de una breve reflexión— se ubica sumamente lejos de aquí... No sé si alguno de los presentes la conozca. Se llama Podrepantano.

—¡Uuuy! —suspiró, fascinado, el silfo nocturno—. ¡Una región muy hermosa!

El fuego fatuo sonrió con debilidad:

—Sí, ¿no es verdad?

—¿Eso es todo? —crepitó Pyernrajzark—. ¿Por qué estás viajando, Blubb?

—Donde vivimos, en el Podrepantano—prosiguió con la voz entrecortada—, ocurrió algo... algo incomprensible... Es decir, todavía sucede... Es difícil de describir... Comenzó una vez cuando... Es decir, en el este de nuestro país hay un lago... o, mejor dicho, *había* un lago... Se llamaba Cálidocaldo. Y entonces todo comenzó cuando el lago Cálidocaldo un día ya no estaba ahí... Simplemente desapareció, ¿me entienden?

—¿Quiere usted decir —quiso saber Úckuck— que el lago se secó?

—No —replicó el fuego fatuo—. De ser así, lo que habría entonces sería justo un lago seco, pero ese no es el caso. En el lugar donde estuvo el lago ahora hay nada... absolutamente nada. ¿Me entienden?

—¿Un hoyo? —gruñó el comerrocas.

—No, tampoco un hoyo —el fuego fatuo se veía notablemente desamparado—. Un hoyo es algo: es una cosa. Pero ahí hay nada.

Los otros tres mensajeros intercambiaron miradas.

—¿Y cómo se ve, uyuy, esa nada? —preguntó el silfo nocturno.

—Eso es justo lo que resulta tan difícil de describir —aseguró con tristeza el fuego fatuo—. En realidad no tiene nada de aspecto. Es... es como... ¡Ay, no existen palabras para describirlo!

—Es como si se estuviera ciego cuando se mira ese lugar —aventuró el diminutense—, ¿no es así?

El fuego fatuo se le quedó viendo con la boca abierta.

42

—¡Eso lo describe a la perfección! —gritó—. ¿Pero de dónde... quiero decir, cómo es que... o conocen ustedes también esta...?

—¡Un momento! —lo interrumpió el comerrocas—. Dinos, ¿se quedó en un solo sitio?

—Al principio sí —explicó el fuego fatuo—. Es decir: poco a poco el sitio se hizo más grande. De algún modo se notaba que cada vez faltaba más de la zona. Después, el Supersapo Sumpf, que vivía con su pueblo en el lago Cálidocaldo, también un día tan sólo se fue. Otros habitantes empezaron a huir. Poco a poco aquello comenzó en otras partes del Podrepantano. Al principio, a veces era muy pequeña: una nada tan grande como un huevo de codorniz. Sin embargo, esas partes se ensancharon. Si por descuido alguien entraba con el pie, el pie también desaparecía, o la mano, o cualquier cosa que entrara ahí. No duele, por cierto... sólo que a quien resulta afectado de repente le falta un trozo. Algunos incluso se dejaron caer de manera intencional cuando se acercaron demasiado a la Nada. La fuerza de atracción que ejerce es irresistible y aumenta de potencia entre más grande sea la zona ocupada. Nadie de nosotros

ha conseguido explicarse qué puede ser esa horrible cosa, de dónde proviene ni qué hay que hacer para combatirla. Y como por sí misma no volvió a desaparecer, sino que se expandía cada vez más, al final se decidió enviar a un mensajero con la Emperatriz Infantil para pedirle consejo y ayuda. Y ese mensajero soy yo.

Los otros tres se quedaron mirando en silencio.

—¡Uyuy! —se oyó después de un rato la voz lastimera del silfo nocturno—. Allá, de donde yo vengo, ocurre exactamente eso. Y voy de camino con la misma misión... ¡Uyuy!

El diminutense volvió el rostro hacia el fuego fatuo:

—Cada uno de nosotros —su voz era como un silbido— proviene de una región distinta de Fantasia. Nos encontramos aquí por pura casualidad. No obstante, cada uno le lleva a la Emperatriz Infantil el mismo mensaje.

—Y eso nada más quiere decir —gimió el comerrocas— que Fantasia entera se halla en peligro.

Muerto de miedo, el fuego fatuo los recorrió con la mirada.

—Pero, entonces —gritó y se levantó de un brinco—, ¡no podemos perder un instante más!

—Nosotros también nos encontrábamos a punto de partir —explicó el diminutense—. Nada más hicimos una pausa debido a la oscuridad impenetrable de aquí, el Bosque de Haule. Ahora que está con nosotros, Blubb, usted nos podría iluminar.

—¡Imposible! —gritó el fuego fatuo—. No puedo esperar a alguien que va montando un caracol. ¡Lo lamento!

—¡Pero es un caracol de carreras! —dijo el diminutense, algo ofendido.

—Y, además... ¡Uyuy! —murmuró el silfo nocturno—. Si no lo haces, ¡simplemente no te diremos cuál es la dirección correcta!

—¿Pero con quién hablan? —refunfuñó el comerrocas.

En efecto, el fuego fatuo ya no había escuchado las últimas palabras de los otros mensajeros, y más bien se alejaba de ahí a grandes saltos a través del bosque.

—Pues bien —opinó Úckuck, el diminutense, y deslizó su sombrero de copa rojo hasta la nuca—, de todos modos quizá un fuego fatuo no hubiera sido lo mejor para iluminar el camino.

44

Y, tras decir esto, se montó en la silla de su caracol de carreras.

—Por cierto que para mí sería preferible —explicó el silfo nocturno, y con un “¡uyuy!” en voz baja llamó a su murciélago— si cada uno viajara por su lado. ¡A fin de cuentas uno va volando!

Y, ¡*pfui!*, ya se había marchado.

El comerrocas apagó la fogata con tan sólo aplastarla algunas veces con la mano abierta.

—Yo también lo prefiero —se le oyó rezongar en la oscuridad—. Así no tengo que fijarme si aplasto algo diminuto.

Y luego se oyeron crujidos y rechinidos cuando entró al bosque manejando su enorme bicicleta hecha de piedras. De vez en cuando chocaba con un ruido sordo contra un árbol gigante y se le oía gruñir y refunfuñar. Poco a poco sus estruendos se perdieron en lo oscuro.

Úckuck, el diminutense, se quedó solo en el lugar. Tomó las riendas de finos hilos de plata y dijo:

—Pues bien, ahora veremos quién llega primero. ¡Arre, viejita, arre!

Y dio un chasquido con la lengua.

Y luego no se escuchó nada más que el viento de tormenta que gemía en las copas de los árboles.

El reloj de una torre cercana anunció las nueve.

Los pensamientos de Bastián regresaban sólo a disgusto a la realidad. Estaba contento de que *La historia interminable* no tuviera nada que ver con ella. No le agradaban los libros en los que, entre gruñidos y mal humor, se contaban los sucesos por completo banales de la vida por completo banal de personas por completo banales. De eso en realidad ya conocía lo suficiente. ¿Para qué, entonces, leer también al respecto? Además, detestaba darse cuenta cuando querían convencerlo de algo. Y en ese tipo de libros, de manera más o menos obvia, siempre pretenden convencerte de algo.

45

Los preferidos de Bastián eran libros de suspenso o divertidos o con los que era posible soñar: libros en los que personajes inventados vivían aventuras fabulosas y en los que cualquier cosa era imaginable.

Y de eso él sí era capaz. Tal vez era lo único que en realidad podía hacer bien: imaginarse algo con tanto detalle que casi podía verlo y oírlo. Cuando él se contaba a sí mismo sus historias, a veces olvidaba todo alrededor, y sólo cuando llegaba al final despertaba como de un sueño. ¡Y ese libro era justo del tipo de sus propias historias! Al leer no sólo había escuchado el crujido de los viejos troncos y el aullido del viento en las copas de los árboles, sino también las voces muy diferentes de los cuatro peculiares mensajeros; incluso se imaginaba que, en efecto, percibía el olor del moho y de la tierra del bosque.

Abajo, en el salón, estaba por comenzar la clase de Ciencias Naturales, que en resumen consistía en contar las inflorescencias y los estambres de las flores. Bastián se sentía feliz de estar sentado ahí arriba, en su escondite, y de leer. Le pareció que era el libro indicado para él. ¡Justo el más indicado!

46

Una semana después, Vúschvusul, el pequeño silfo nocturno, fue el primero en llegar al destino. O más bien estaba convencido de que era el primero, pues cabalgaba por los aires.

Era la hora de la puesta del sol y las nubes del cielo al atardecer se veían como oro líquido cuando se percató de que su murciélago ya flotaba encima del Laberinto. Ese era el nombre de una extensa planicie que abarcaba de horizonte a horizonte y que no era otra cosa más que un único y descomunal jardín de flores, lleno de aromas inquietantes y colores de ensueño. Entre arbustos, setos, prados y arriates con las flores más raras y extrañas corrían anchos caminos y angostos senderos en una disposición tan ingeniosa y con tantas ramificaciones que el conjunto entero formaba un laberinto de una extensión increíble. Naturalmente, aquel laberinto había sido instalado como juego y entretenimiento y no para poner a alguien en auténtico peligro, mucho menos para repeler a posibles atacantes. Para eso no habría servido, y la Emperatriz Infantil tampoco habría necesitado de ese tipo de defensas. En todo el reino sin fronteras de Fantasía no había nadie de quien se hubiera tenido que defender. Para ello había un motivo, del cual nos enteraremos muy pronto.

Mientras el pequeño silfo nocturno flotaba en completo silencio por encima de aquel laberinto de flores, observaba también todo tipo de animales extraños. En un pequeño claro, entre flores de lila y lluvias de oro, bajo el sol del atardecer jugueteaba un grupo de unicornios jóvenes, y en una ocasión le pareció avistar, detrás de una gigantesca flor de campana azul, a la famosa ave fénix en su nido, aunque no estaba por completo seguro, si bien tampoco quería regresar para constatarlo, para no perder tiempo. Porque ya surgía frente a él, en medio del Laberinto y lanzando destellos blancos como los de las hadas, la Torre de Marfil, el corazón de Fantasia y hogar de la Emperatriz Infantil.

47

Para alguien que nunca haya visto este lugar, la palabra “torre” quizá le daría una falsa idea y se podría imaginar una torre como la de una iglesia o un castillo. La Torre de Marfil era tan grande como una ciudad entera. Desde lejos se veía como el pico afilado de una montaña alta que se hubiera enredado en sí mismo, como la concha de un caracol, cuyo punto más elevado llegaba hasta las nubes. Sólo al aproximarse era posible reconocer que ese colosal cono de azúcar se hallaba integrado por incontables torres, torrecitas, cúpulas, tejados, miradores, terrazas, portales de arco, escalinatas y balaustradas interconectadas y amontonadas una encima de la otra. Todo estaba hecho del más blanco marfil de Fantasia y todo se encontraba esculpido de manera tan preciosa que se creería que era la trama del bordado más fino.

En todos esos edificios vivía la corte que rodeaba a la Emperatriz Infantil: los camareros y las sirvientas, las mujeres sabias y los intérpretes de estrellas, los magos y los bufones, los mensajeros, cocineros y acróbatas, las funambulistas

y los cuentacuentos, los heraldos, jardineros, guardias, sastres, zapateros y alquimistas. Y hasta arriba, en la punta más alta de la inmensa torre, vivía la Emperatriz Infantil en un pabellón con la forma de un capullo de magnolia blanco. Algunas noches, cuando la luna llena brillaba en el cielo estrellado con un esplendor especial, las hojas de marfil se abrían con amplitud y se desplegaban a modo de conformar una flor maravillosa, en cuyo centro se sentaba entonces la Emperatriz Infantil.

48

El pequeño silfo nocturno aterrizó con su murciélago en una de las terrazas inferiores, donde se ubicaban los establos para los animales de montar. Era evidente que alguien debía haber dado aviso de su llegada, pues ya lo esperaban cinco cuidadores imperiales encargados de los animales, quienes lo ayudaron a desmontar, le hicieron una profunda reverencia y luego le sirvieron la bebida ceremonial de bienvenida. Vúschvusul sólo dio un breve trago al vaso de marfil, suficiente para cumplir con los formalismos, y lo devolvió. Cada uno de los cuidadores bebió igual un trago, le hicieron otra reverencia y llevaron al murciélago a los establos. Todo esto ocurrió en silencio.

Cuando el murciélago llegó al lugar que le habían destinado, no probó agua ni alimento, sino que se enrolló en sí mismo de inmediato, se colgó cabeza abajo de un gancho y cayó en un profundo sueño de agotamiento. Había sido un tanto excesivo lo que le había exigido el duendecito nocturno. Los cuidadores lo dejaron descansar y se retiraron de puntitas.

En ese establo había, por cierto, muchos otros animales de montar: un elefante rosa y uno azul; un gigantesco pájaro grifo, cuya mitad delantera era como de un águila y la

de atrás, como de un león; un caballo blanco con alas, cuyo nombre alguna vez, tiempo atrás, se conoció también fuera de Fantasia, pero ahora se olvidó; algunos perros voladores y también varios más murciélagos; incluso había libélulas y mariposas para jinetes en particular pequeños. En otros edificios del establo había otros animales de montar que no volaban, sino corrían, reptaban, saltaban o nadaban. Y cada uno de ellos tenía cuidadores especiales para su asistencia y mantenimiento.

Lo normal hubiera sido que se oyera una ruidosa confusión de voces: bramidos, chillidos, graznidos, gruñidos, silbidos y trinos. Sin embargo, reinaba un completo silencio.

49

El pequeño silfo nocturno seguía parado en el lugar donde los cuidadores lo habían dejado. De pronto se sintió derrotado y desanimado, sin saber bien por qué. También él se sentía cansado del largo largo viaje. Y ni siquiera lo animaba el hecho de haber sido el primero en llegar.

—Hola —oyó de repente una voccecita aguda—. ¿No es acaso el amigo Vúschvusul? Qué bueno que por fin llegó también usted.

El silfo nocturno miró alrededor y sus ojos lunares brillaron de asombro, pues sobre un barandal, apoyado con descuido en una maceta de marfil, se hallaba el diminutense Úckuck, agitando su sombrero de copa rojo.

—¡Uyuy! —dijo el silfo nocturno, desconcertado, y luego de un rato otra vez—: ¡Uyuy! —simplemente no se le ocurría algo más sensato.

—Hasta ahora, los otros dos no han llegado —explicó el diminutense—. Yo estoy aquí desde ayer en la mañana.

—¿Pero cómo, ¡uyuy!, cómo fue posible? —preguntó el silfo nocturno.

—Pues, bueno —replicó el diminutense con una sonrisa, al sentirse un poco superior—, ya le dije a usted que tengo un caracol de carreras.

El silfo nocturno se rascó con su manita rosa la negra maraña de pelos de su cabeza.

—Necesito presentarme de inmediato con la Emperatriz Infantil —dijo con la voz compungida.

El diminutense lo miró, pensativo.

—Mmm... —musitó—. Pues, bueno, yo ya me registré desde ayer.

50 —¿Registrarse? —preguntó el silfo nocturno—. ¿Acaso no se puede acudir con ella de inmediato?

—Me temo que no —trinó el diminutense—. La espera es larga. Aquí ha llegado, no sé cómo decirlo, una enorme afluencia de mensajeros.

—¡Uyuy! —gimió el duende—. ¿Por qué?

—Lo mejor es que usted mismo vea el asunto —gorjeó el diminutense—. ¡Venga, querido Vúschvusul, venga usted!

Juntos se pusieron en marcha.

La calle principal, que corría hacia arriba y formaba alrededor de la Torre de Marfil una espiral que se volvía cada vez más estrecha, estaba atiborrada por un conjunto de personajes de lo más extraño. Yinnis de dimensiones gigantes adornados con turbantes, seres diminutos, troles de tres cabezas, enanos barbados, hadas luminosas, faunos de patas de cabra, pequeñas amazonas con pelambre de rizos dorados, centelleantes fantasmas de la nieve y otros incontables seres se movían hacia arriba y hacia abajo por la calle, se juntaban en grupos y conversaban en voz baja, o bien se quedaban sentados en el suelo, con la mirada melancólica perdida en la distancia.

Cuando Vúschvusul los divisó, se quedó inmóvil.

—¡Uyuy! —exclamó—. ¿Pero qué está pasando? ¿Qué hacen todos esos ahí?

—Son mensajeros —explicó Úckuck, bajando la voz—. Mensajeros de todas las regiones de Fantasia. Y todos llevan el mismo mensaje que nosotros. Ya hablé con muchos. Al parecer, el mismo peligro se ha desencadenado por doquier.

El silfo nocturno emitió un larguísimo gemido.

—¿Y acaso se sabe ya qué cosa es y de dónde proviene? —preguntó.

—Me temo que no. Nadie es capaz de explicarlo.

—¿Y la propia Emperatriz Infantil?

—La Emperatriz Infantil —dijo el diminutense en voz baja— se encuentra enferma, muy muy enferma. Tal vez ese sea el motivo de la incomprensible desgracia que ha caído sobre Fantasia. Pero hasta ahora ninguno de los numerosos médicos reunidos en el distrito del Palacio, allá arriba, en el Pabellón de la Magnolia, ha dado con la causa de su enfermedad ni tiene idea de cómo remediarla. Nadie conoce ninguna medicina.

—Eso —dijo el silfo nocturno con la voz apagada—, ¡uyuy!, es una catástrofe.

—Sí —respondió el diminutense—, sí que lo es.

Dadas las circunstancias, en un principio Vúschvusul desistió de registrarse para ser atendido por la Emperatriz Infantil.

Dos días después, por cierto, llegó también el fuego fatuo Blubb, que por supuesto había tomado la ruta equivocada, con lo que dio un rodeo enorme.

Y por último, otros tres días después, arribó el comerrocas Pyernrajzark. Llegó a pie, con sus pesados pasos, pues

había experimentado un repentino ataque de hambre voraz y se había comido la bicicleta de piedra como si se tratara de sus provisiones para el viaje.

Durante la prolongada espera, los cuatro dispares mensajeros se hicieron amigos íntimos y siguieron juntos incluso después.

Pero esa es otra historia y será contada en otra ocasión.